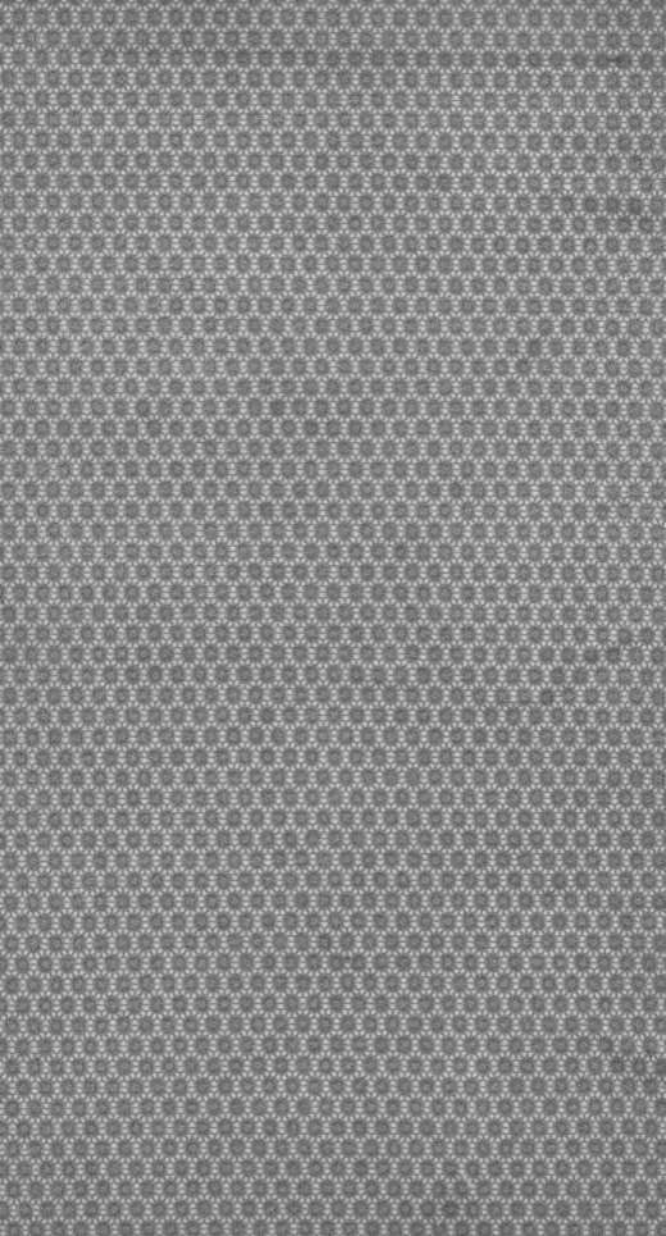
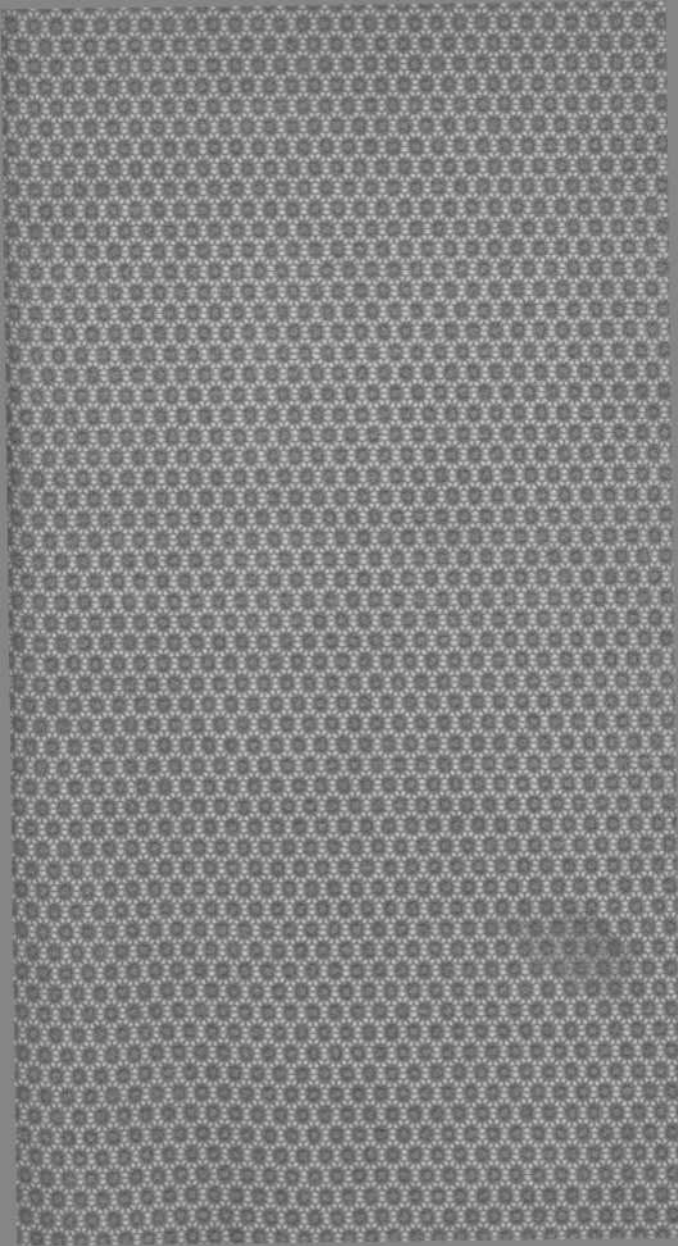
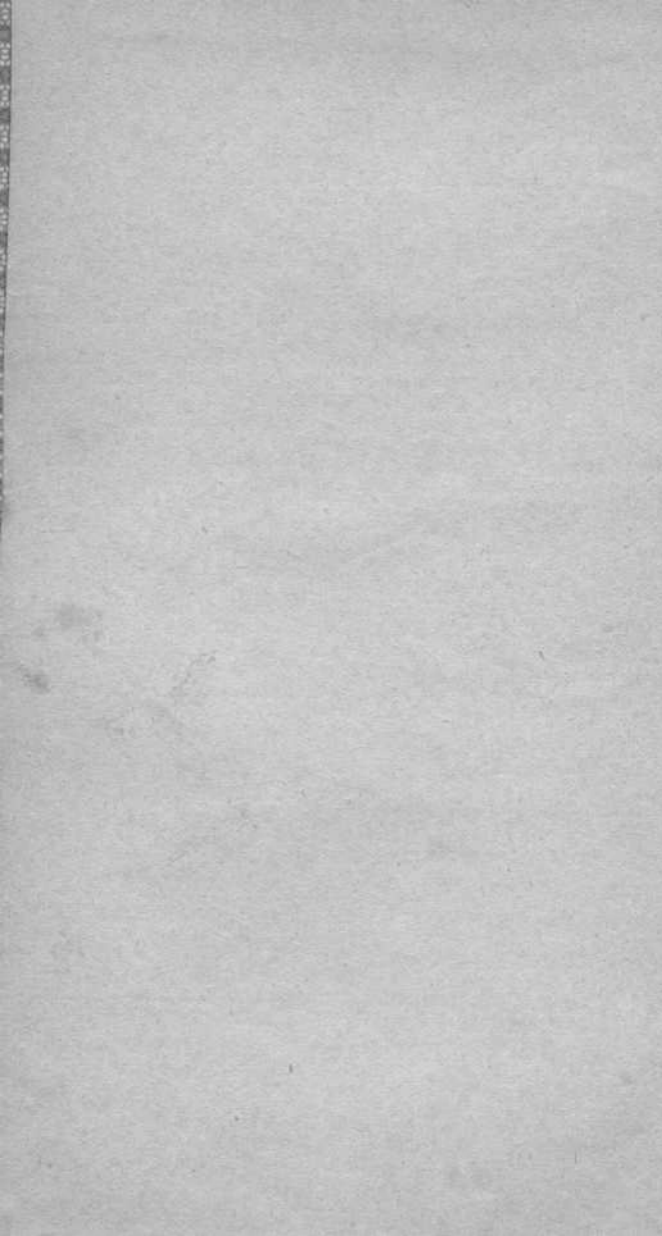


1782







THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

540 EAST 57TH STREET

CHICAGO, ILL. 60637

+1466556

EL SI DE UNA SERRANA,
CUADRO DE COSTUMBRES
DE LA SIERRA DE ALBARRACIN

POR

MANUEL POLO Y PEYROLON.

Publicado por la
Ilustracion Popular Económica
de Valencia

y reproducido en

EL ANCOR DE CASTILLA
de Valladolid.

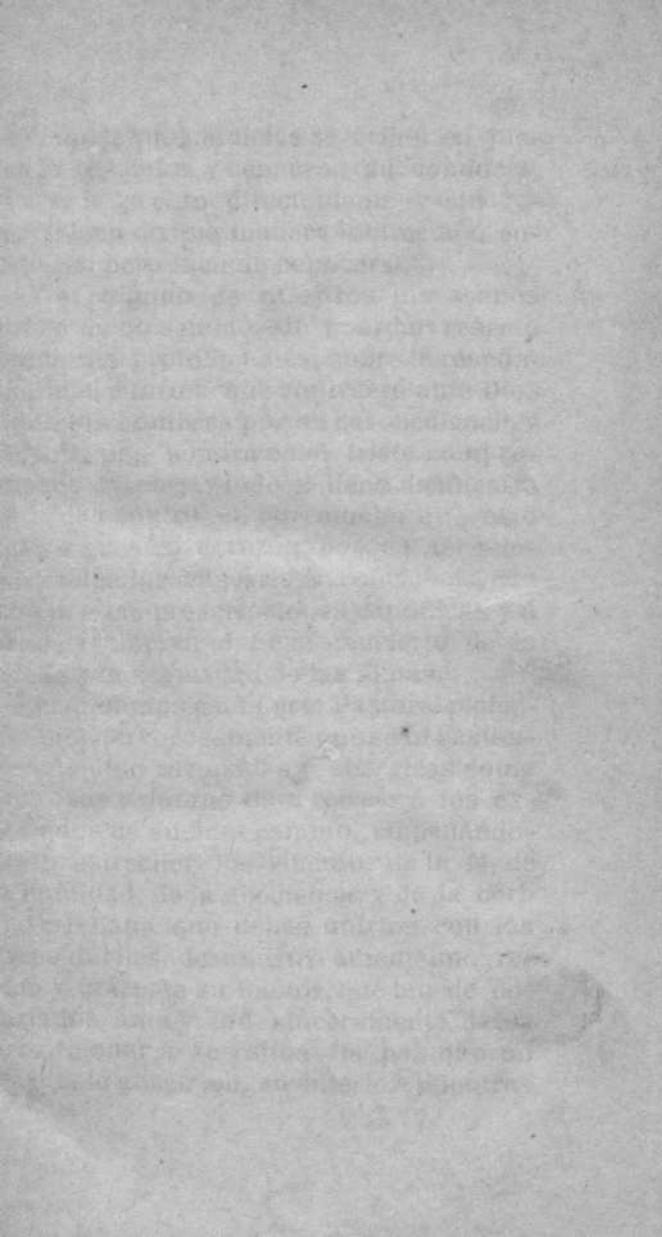


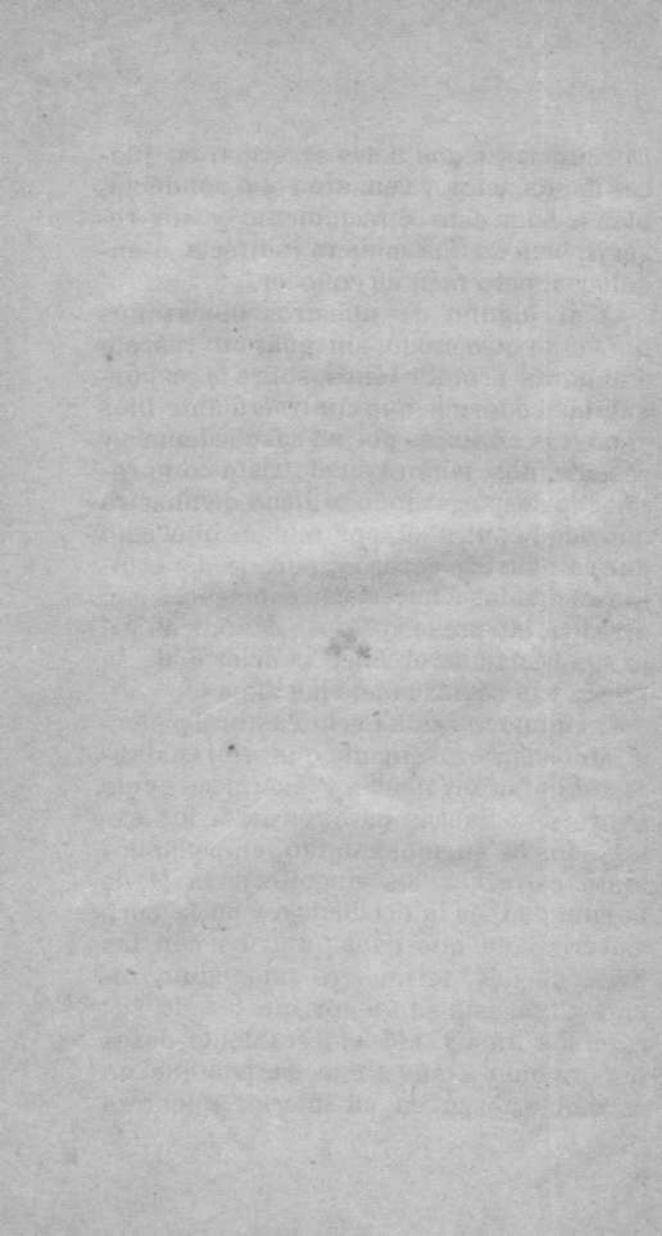
VALLADOLID:

Imp. y lib. de la Viuda de Cuesta é Hijos.

1882.







Episcopal; que los fieles se erijan en jueces de sus actos y censuren su conducta, bien se haga esto directamente y sin reserva, bien de una manera indirecta ó encubierta, pero fácil de conocer.

»Y si alguno de nuestros diocesanos obra de otro modo, sin guardar respeto á nuestras prohibiciones, sobre la responsabilidad enorme que contraerá ante Dios y ante los hombres por su desobediencia y rebeldía, nos pondrá en el triste compromiso de desplegar todo el lleno de nuestra autoridad contra él, por mucho que esto duela á nuestro corazón; porque así estamos obligados á hacerlo en conciencia, con arreglo á las prescripciones canónicas y á lo que reclaman el buen concierto de la Iglesia y la seguridad de las almas.

»Terminamos esta Carta Pastoral pidiendo á Dios fervorosamente que sean bastantes estas tan razonadas y enérgicas como amorosas palabras para retraer á los extraviados de su mal camino, empeñándolos en estrechar los vínculos de la fé, de la humildad, de la obediencia y de la caridad cristiana que deben unirlos con las ovejas dóciles de nuestro amadísimo rebaño y con este su Pastor, que tan de corazón los ama y tan sinceramente desea proporcionar á sus almas la paz que no es posible gozar en su interior mientras

se conserven en esa situación violenta que han creado para sí mismos, poniéndose en desacuerdo con el Ministro de la Religión, que Dios les ha dado para que los dirija en todo lo que corresponde á la profesion de su fe, á la observancia de su ley y á su más perfecto servicio.

«Queriendo alcanzar ahora para todos nuestros amadísimos hijos una bendición copiosa de la Divina Misericordia, les damos la Nuestra pastoral en el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu Santo ✠.

«Dada en Nuestro Palacio de Barcelona en el aniversario XIII de Nuestra consagración Episcopal á 7 de Marzo de 1882.

«JOSÉ MARIA, OBISPO DE BARCELONA.

«Por mandado de S. E. Ilma. el Obispo mi Señor, *Lic. Palá y Martí*, canónigo secretario.

A MI QUERIDO AMIGO ENRIQUE GARCIA BRAVO.

Nunca habia ni aun soñado tomar la pluma para dar á luz lo que escribiese cuando te conocí, querido amigo. Tus versos desplegaron ante los ojos de mi alma horizontes desconocidos. Quise imitarte y escribí tambien. Tú solo sabes cuán pobres son los partos todos de mi mente. Mas cierto dia cayeron en nuestras manos los cuentos de Trueba. Juntos los leímos, y tú fuiste el que me aconsejó le imitase. Por complacerte escribí este cuentecillo. Justo es, pues, que tu nombre ocupe su primera página, y que al dedicártelo, aproveche la oportunidad para hacer público el cariño que te profesa tu amigo y condiscípulo

MANUEL.

Yo me heido en un soñado estado
plum para daré las lo que escribier
cambio te copol perdido en un ver-
sio de de que on ante los que de un alim
hidrante de conchido: que un hura y
escrita también. En solo sidos como po-
pues son los pates todos de mi mudo.
Mis cinco die caxon en que una in-
nos los pates de la abe. Jatos los tel-
nos. En fante el que me aconsejó la
infusa. Por, compavente escribi este
cualquier. Jato es, pues, que la nombr
cuando se pinta a pájar y que al dolo
lo, que pates la oporunidad para hacer
público el canto que te profesa, tu amigo
y con afecto

MANUEL

EL SI DE UNA SERRANA.

I.

Que uno reniegue de su patria, que aborrezca el pueblo do nació, las paredes que le albergaron, los árboles á cuya sombra jugueteaba de niño, es cosa que no se concibe; pero lo que se explica y concibe perfectamente es, que el amor al suelo en donde por primera vez abrimos los ojos á la luz, llegue á convertirse en una especie de pasión, en cierta monomanía, en un no sé cómo llamarle, que haga ver lo blanco negro y vice-versa. Digo esto por haber conocido á algunos tan exaltados sobre el particular, que siendo de uno de los pueblos más desgraciados de nuestra *graciosa* Península, sostienen, sin embargo, hasta acalorarse, que todo lo de su país es lo mejor. Lo primero es no solo repre-

sible, sino culpable; lo segundo tiene, al menos, su razon de ser.

Ignoro si estos montes donde me he criado son de lo mejor ó peor de España, de lo más feo ó más bonito; lo cierto es que me parecen muy pintorescos, y que cuando trás una ausencia corta ó larga, regreso á ellos, mi corazon palpita de felicidad al divisarles desde lejos. De modo que, para mí, nada hay comparable á las ochenta ó cien casas de esta aldea, esparcidas sin órden ni simetría alguna al rededor de su erguido campanario, en la falda de uno de los montes que cierran este precioso valle; ni nada más armonioso que el no interrumpido murmurio del riachuelo que, entre juncias y sargales, le atraviesa sobre un lecho de mundos y blanquizcos guijarros; ni nada más poético que los vislumbres del naciente sol al aparecer entre los pinos; ni nada, en fin, más encantador que cuanto aquí sucede.

Con tales antecedentes, no estrañarás, pues, amigo mio, que al cumplir mi empeñada palabra, escoja para lugar de la escena este pueblecillo, cuyo verdadero nombre sabes tú muy bien, y al que, haciendo uso de mi autoridad de novelista, bautizaré, si te place, con el de Vallehermoso.

II.

—¡Jesús! tía Catalina, calle V., porque estoy hecha un basilisco con esa muchacha. Vamos, hay para pegarle una tunda... Y le he de pegar, si señora, le he de pegar: no le ha de valer la bula de Meco. ¿Ha visto usted testaruda como ella? ¿Pues no se le ha metido en la cabeza que para el día de San Miguel ha de estrenar una saya de percal? ¡Le parece á V.! ¿Y de dónde he de sacar yo los dineros para mercársela?

—Vamos, Cucana, que no hay motivo para tanto. En mis juventudes no se apuraban las madres como ahora, bien que las hijas eran mas obedientes y no tan vanidosas y tontas. Hoy todo marcha como Dios quiere; pero vosotras os teneis la culpa. Os empeñais en que vistan á cual más *maja*, y por saliros con la vuestra hareis cualquier desatino. Luego... no es estraño que tambien ellas de cada vez pidan más. Mira, Cucana, en mis tiempos, sayas de percal, una para casarnos, y no á todas, Cucana, no á todas.

—En los tiempos de V. sucedian muchas cosas.

—Ya se vé que sí; pero no tan descabelladas como ahora.

—¡Bah! algo menos seria, dijo Marta terciando en la conversacion, pero sin dejar de mover su huso.

—No, Marta, no: tú no los has alcanzado, que aún eres muy jóven; por eso hablas así. Yo lo que te puedo decir es que entonces no habia el lujo que ahora que hasta los gatos llevan zapatos; ni los jóvenes eran tan *descaraos* y desobedientes; ni cortejaban sin maldita la vergüenza á todas horas y en todas partes; ni...

—Tiene V. razon, tia Catalina, dijo la Cucana. Mi muchacha, sin ir mas lejos, para traer un cántaro de agua emplea toda una tarde. Ya se vé, como no puede ver unos pedazos de calzones sin echar su cuarto á espadas, desde el molino á casa le cuesta una hora. Yo no sé como no la agarro del moño y cada dia le doy una paliza que la balde.

—Vamos, tia Cucana, que V. exagera: no es tan feo el lobo como la gente lo pinta.

—No, Marta, créeme, es la pura verdad. ¡Jesus! estoy aborrecida!

Nuestras tres interlocutoras callaron. La tia Catalina y la Cucana cosian, Marta hilaba á rueca. Despues de un rato de silencio y mientras para enhebrar una aguja, montaba sobre su nariz las antiparras, dijo la tia Catalina:

—Mira, Marta, yo me casé sin haber lle-

gado á hablar á solas con mi Cayetano, que esté en el cielo; y esto en mi tiempo, era el pan nuestro de cada día.

Tia Catalina, sabe V. lo que le digo, que tanto, tanto no vale, que lo poco gusta y lo mucho enfada.

—¿Pues qué te parece que está muy *bonico* eso que haceis ahora de estar todo el santo día con el *bragazas* del novio, de ir por agua juntos, de pasar bailando, en vez de rezar, los días de fiesta y siempre manoteando y siempre riendo con los hombres? Eso está muy feo entre muchachas honradas.

—Pero, tia, V. sabe muy bien que eso no lo hacen todas.

—¡Pues no faltaba mas! añadió la tia Catalina removiéndose en su *escañeta* y refunfuñando. Hasta ese punto podíamos llegar.

—Ahí tiene V. á su nieta Rosa, contestó Marta, á quien todavía no he visto hablar con ningun hombre.

—Pues, hija, no será porque no esté *perdidica* por Agustin el sacristan, observó la Cucana.

—¿Quién te ha contado ese embuste? Es imposible que mi nieta se enamore sin contar con su abuela.

¡Que tonta es V.! Ahora iria ella á decir: «abuela, yo me muero por Agustin ¿me

enamoro de él?» ¡Pues qué, es lo mismo que decir: «¿me deja V. bajar al huerto?»

—¡Cómo se conoce que no, sabes quien es mi nieta!

—Vaya si lo sé. La muchacha más guapa de Vallehermoso y contorno. ¡Jesus! y qué nieta mas *rica* tiene V., tía Catalina! Yo, cuando la veo tan resalada, con aquellos colores que parece lleva una rosa en cada carrillo, aquella mata de pelo que dá *gozo de Dios* el verla, y aquellos ojos tan hermosos... me la comería á besos!

—Calla, locaza, calla, tambien tú tienes una Maruja que no le vá en zaga á mi nieta.

—Tiene V. razon, guapa es tambien mi Maruja; pero ¿y ese geniazo que tiene?

—Tuya es la culpa. Si no la hubieses malcriado, seria tan buena como mi Rosa, que buen corazon lo tiene: solo que es algun tanto orgullosa y casquivana.

Aquí llegaban de su conversacion las tres honradas vecinas de Vallehermoso, cuando levantándose Marta y recojiendo su rueca, dijo:

—Vaya, ahí se quedan Vds., que me marcho á recoger las gallinas. Hasta mañana, si Dios quiere.

Adios, Marta, contestaron á duo la tía Catalina y la Cucana, sin levantar la cabeza de sus respectivas labores.

Apenas Marta desapareció trás la inme-

diata esquina, acercóse la tia Catalina á la Cucana y bajando la voz, con aire de misterio, la dijo:

—¿Pero de dónde diablos te has sacado tú que mi nieta está enamorada?

—Yo no me lo he sacado, lo sospecho, tia Catalina, aunque como hace tantos años que una era moza, maldito lo que entiendo ya de semejantes asuntos; pero voy á contarle á V. lo que pasó. ¿Recuerda usted que el Domingo, despues de misa vino Agustin á ver si le dejaba V. coger unas rosas de su huerto para ponérselas á la Virgen del Amor-hermoso, en las flores?

—Sí.

—Bueno. Pues bajó al huerto, en donde se encontró á Rosa arrancando unas lechugas, y ¿sabe V. lo que hizo? Mientras Agustin cogia las rosas, le miraba de reojo.

—¿Todo eso es?

—Aguarde V. un poco. Pues señor, al tiempo de marcharse Agustin, se le cayó, sin que lo viera, una rosa que se habia puesto en el ojal de la chaqueta. (Yo lo atisbaba todo desde mi huerto.) Rosita no lo echó en saco roto, y en cuanto cerró la puerta, tomó la rosa y se puso á besarla como una loca: la besaba y lloraba, yo creo que era de gozo, tia Catalina. Cuando se cansó de hacer *aspavientos* se la guar-

dó en el pecho como si fuera una reliquia. Qué le parece á V. ¿es verdad lo que yo decia ó no?

—No digo que no, Cucana, pues mi nle-
tecilla es de carne y hueso como todas, y
además Agustin es todo un real mozo, pero
lo averiguaré.

—Por Dios, tia Catalina, no me saque
usted á *corro*, y haga lo que quiera, que
Rosita se enfadaria conmigo.

La conversacion anterior tenia lugar en
Vallehermoso, en una deliciosa tarde del
mes de Mayo, y en la puerta de la tia Ca-
talina, la más entendida y venerable an-
ciana del pueblo.

Tenia la tia Catalina de setenta y cinco
á ochenta años de edad; pero estaba tan
acartonadita, que era una de las más tem-
pladas abuelas del pueblo. Su fortuna era
mediana, mas como los vecinos de Valle-
hermoso cosechan apenas con qué mal
pasar el año, pasaba su casa por una de
las más ricas. De su union con su difunto
Cayetano, esté en gloria como ella decia,
solo tuvo un hijo, el padre de Rosa; y en
estos dos séres reconcentró todo su cari-
ño la buena anciana, pues la madre de la
niña apenas sobrevivió á su nacimiento.
El tio Anton se negó siempre á contraer
segundas nupcias por amor á su hija y
por obedecer á su madre.

La Cucana y Marta eran dos de las varias tertulianas de la tía Catalina, que iban á coser por las tardes á la puerta de su casa, en invierno porque era el mejor caracol de la aldea, y en verano porque á la sombra de la hermosa parra que orlaba la puerta y sentada cada cual en su respectiva *escañeta*, permanecían á descubierto, libres de los ardores del sol y respirando el aire embalsamado y puro del campo.

Si no te parece mal, amigo, corramos el telon y demos por terminado este acto.

III.

Era un domingo por la tarde.

En Vallehermoso, á pesar de haber transcurrido ya los buenos tiempos de la tía Catalina, todo el mundo asiste á visperas y al rosario.

Ante la iglesia parroquial hay una plazuela cercada de tapia, con dos puertas laterales y una hermosa acacia en el centro. Dásele á este recinto el nombre de *honsal* (de fosa ó sepultura), pues no hace muchos años era el único cementerio que había en el pueblo.

Terminado el rosario, los primeros que escapan de la iglesia son los hombres y entre ellos los mozos. El sexo débil ó be-

llo, en España lo mismo que en Rusia, en Vallehermoso como en Madrid, es por naturaleza más devoto que el sexo fuerte; por eso se retira el último, y por eso también en mi aldea, los hombres, formados en corrillos, pasan revista desde el honsal á cuantas salen del templo. Es de rúbrica que los enamorados no se muevan de allí hasta después de haber salido sus novias.

Acababa de terminar el rosario.

Un corrillo de mozalbetes, robustos como robles, frescos y colorados como manzanas, charlaba alegremente de las mozas que iban saliendo, provocándose á la vez unos á otros.

Hallábase entre ellos más terne y bullicioso que ninguno, Agustin el sacristan (a) Rojo, por tener el cabello muy parecido á las sedosas hebras de la panoja sazónada.

Unicamente salía ya alguna que otra mujer de la iglesia, cuando cábate á la tia Catalina, que, según Maruja la de la Cucana, acostumbraba á quedarse *rosigando altares*, apoyada en el brazo de su nieta.

Al verla, los mozalbetes se agitaron y revolotearon á su alrededor, como abejas en torno de la miel; pero la recatada Rosa, por más que involuntariamente íbansele los ojos tras Agustin, bajó la vista y salió del honsal con su abuelita, sin mirar á nadie. La tia Catalina, que la espiaba, em-

pezó á dudar fuesen probables las sospechas de la Cucana.

¡Huy! y qué rosa sin espinas mas resalada y más *resandunguera!* exclamó Pedro el *compinche* del Rojo, con los brazos en jarras y dando á la vez una patada en tierra.

—Guapa es Rosita, dijo el Largo, apodo debido á su estatura; pero ¿no habeis *reparao* vosotros en Maruja la de la Cucana? ¿qué *meneo* y qué ojos tiene? ¿cuánta sal hay en aquel cuerpecito?

—Calla, bárbaro, contestó Agustin, tú no piensas más que en el meneo y en los ojillos de Maruja. ¡Pues á fé que es buena *pezolada!* Mejor basilisco...

—El bárbaro eres tú, que te mueres por ese pedazo de santo, bueno para un altar, pero no para novia. Jamás le mira á uno en la cara, ni quiere bailar, ni te contesta si la dices algo, bajando los ojos y poniéndose más colorada que un pavo... En fin, chicos, más me gusta Maruja que todas las rosas de los rosales juntas.

—Pues no tienes gusto, añadió Pedro, porque la nieta de la tia Catalina es de lo que no hay. ¿No es verdad, Rojo?

Una risotada general y un chubasco de chanzonetas y pullas puso de mal humor á Agustin, blanco en aquel momento de los tiros de sus compañeros.

—No pongas ese *morro*, hombre, que no iremos á robártela, le decia Pedro.

—¿A robármela? ¡Tomal!... cualquiera diria que era mía.

—Yo no sé si es tuya; pero si no fuera porque te gusta, esta tarde mismo le decia yo algo.

—¡Bah! chicos, dijo el Rojo con el fin^o de cortar aquella conversacion que no era de su agrado, hasta luego en el baile: me voy á dar una vuelta por casa.

—Anda con Dios: lo que tú buscas es echar un párrafo con Rosilla. ¡Que aproveche!

Hízose el sueco á esta última chanza, y se alejó. Hasta entonces no se habia dado cuenta á sí mismo de lo que sentia por Rosa. Las palabras de su *compinche* despertando en él cierta especie de celos le habian hecho caer la venda de los ojos, tanto que decidió declararse. Desde el *honsal* á su casa devanóse los sesos, cavila que te cavila sobre cómo y dónde lo haria, cosa nunca vista en Vallehermoso, pues allí, segun mis informes, con un «¿chica me quieres?» arrojado á boca de jarro, como Dios manda, donde primero se encuentran, todo el mundo sale de semejantes apuros.

No ignoraba Agustin que Rosa era una muchacha poco parecida á las demás del

pueblo, y por lo tanto debía emplear con ella muy diferente táctica, aunque maldito, como dijera la Cucana, si entendía una jota de milicia. Por más que se rascaba detrás de la oreja y por más que miraba al cielo, la inspiración no venía. Pensó, por fin, que lo mejor era romper por todo y contárselo á la tía Catalina; pero le causaba tal respeto la buena anciana, que mudó de plan, resolviéndose valerse de su madre como medianera.

Y á propósito, sábete, amigo mio, que en Vallehermoso las madres son las encargadas de buscar *acomodo*, es decir, novia, á los hijos de sus entrañas, y que es una de las atribuciones maternas que más les dán que hacer. Pues señor, retózábale ya en los labios al bueno de Agustín un «madre» como un templo, principio de su revelación, cuando... como que el hombre propone y Dios dispone, cátaate á sus compañeros los del *honsal*, que viendo el baile empezado sin estar el Rojo, corrieron á buscarle. No hubo más remedio que dejarse de revelaciones y marchar á bailar.

Rosa no estuvo en el baile, pues aunque no había leído, como tú, los *Cuentos de color de rosa*, no por eso ignoraba que «el baile es antipático á las almas delicadas y puras.»

Bailó el Rojó hasta no poder más; no obstante, su entrecejo, tozudo como buen aragonés, no se desarrugó en toda la tarde.

Terminado el baile, cada mochuelo regresó á su olivo. El sol, aunque no es mochuelo, ni tiene, que yo sepa, olivo alguno donde guarecerse, como es todo un guapo chico, se escondió tras uno de los picachos que cercan al valle, temeroso sin duda de que le riñese su madre si continuaba *ganduleando por aquellos andurriales*, cuando los animales que más de una vez nos dan lecciones, particularmente las gallinas, iban de retirada.

Respirábase un ambiente embalsamado, que hacia dilatar el pecho con un placer infinito. Un delicioso y casi imperceptible fresco se dejaba sentir. Es la hora en que las mozas de Vellehermoso, con el cántaro bajo el brazo, algunas en la cabeza, y el botijo en la mano, se dirigen cantando á la acequia del molino.

Rosa, que tanto por su carácter melancólico y tímido, cuanto por la severa educación que habia recibido de su abuela, no gustaba del bullicio, solia ir por agua de las últimas.

Empezaban á confundirse los objetos y á brillar estrellas en el firmamento.

Rosa, con el cántaro en la cabeza, más

fresca que la flor de su nombre, y erguida como una palma, marchó, como de costumbre, al molino. Surmegido el cántaro en la acequia, esperó que se llenase. Con el *cacareo* del agua al penetrar en la vasija y el estrépito del próximo salto motor, no oyó pasos á su espalda. De repente dió un chillido, de aquellos que solo saben dar las mujeres, y el cántaro, libre de la mano que le asía, voló dando tumbos, arrastrado por la corriente. Un jóven le salvó de las aguas, colocándole en la orilla.

—¡Ay, qué susto me has dado! dijo Rosa acercándosele.

El salvador del cántaro y autor del susto era el mismo Agustín en persona, que habia seguido á la niña, saludándola galantemente con una *zarpada* de agua.

—Vamos, Rosa, que el agua no rompe costillas.

—Sí; pero ¿y el susto? ¿Quién se habia de figurar que tú estabas aquí?

—Solo por estar contigo se puede ir aunque sea á Ceuta.

Repuesta Rosa de tan brusca embestida, empezó á latirle el corazón con tal violencia, que parecia querer saltársele del pecho. No es estraño: era la primera vez que el Rojo le salia al encuentro!

El cántaro estaba lleno, y era preciso

evitar á todo trance el permanecer á solas con un hombre, y mucho menos con Agustín. Quiso colocarlo en su cabeza; pero este no le dió tiempo y lo tomó él.

Agustín, vamos, no *enredes*, que me estará esperando mi abuela.

—Calla, tonta; ya lo llevaré yo hasta la entrada del puelo.

—¿Y si nos ven?

—¿Y á tí que te importa? ¿Qué eres la primera á quien llevan el cántaro?

—No, pero...

—Los peros no maduran.

—Trae, Agustín, trae, no sea que venga alguno.

—Mira, déjate de cuentos y hablemos de otra cosa, que para eso no he venido yo.

—¿De qué quieres que hablemos? preguntó Rosa, tiñéndose á la vez las azucenas de sus mejillas del color del ababol más subido, lo que observaba con gran placer el Rojo, gracias á la luna que se asomó por detrás de una nubecilla para ver pasar, sin duda, á aquel lucero de Vallehermoso.

—¡Toma! ¿Que de qué hemos de hablar? Ya lo podías haber adivinado.

Rosa temblaba de emoción y de miedo á ser descubierta. Sin embargo, aunque adi-

vinaba á qué terreno queria llevar su acompañante la conversacion, no dijo esta boca es mia.

—¡Bah! chica, puesto que te empeñas, añadió Agustín impaciente, te habré de cantar claro. Pues sábetelo que te quiero más que á mi padre y á mi madre y todos los nacidos y por nacer juntos. Con que ya lo sabes, ¿te quieres casar conmigo?

La nieta de la tia Catalina se ahogaba de felicidad. Mucho habia soñado con Agustín; pero de un sueño á lo real, á una cosa que si no se toca, se oye, hay una distancia inmensa. Apenas queria dar crédito á lo que estaba oyendo; sin embargo era cierto, indudable. Sus ojos la decian que aquel que tenía delante era el mismo Agustín con quien habia soñado. Sus oídos dieron entrada en su alma á aquellas dulces palabras «¿te quieres casar conmigo?» que aún resonaban en su corazón. Rosa, la tímida y recatada Rosa, contenia los latidos de su pecho, las lágrimas que se agolpaban á sus ojos y los suspiros que semidejaban escapar sus labios, haciendo esfuerzos infinitos; pero no fué dueña de dejar sin contestacion aquella pregunta, é involuntariamente pronunció un sí que enloquecia de gozo al sacritan.

De repente, como si le remordiese la conciencia por lo que le estaba pasando,

le arrebató el cántaro, y echó á correr diciéndole:

—Me va á *renegar* mi abuela por haber tardado tanto.

—Por Dios, Rosa, ¿qué te ha de *renegar*? (1) ¡Si nos hemos parado un minuto! y echó trás ella ávido de permanecer á su lado.

Caminaban juntos sin decirse una palabra, cuando, al pasar por delante de un *peiron* (2) de la Virgen del Carmen que hay á la entrada del pueblo, se paró de repente Rosa y pegándose una palmada en la frente, dijo:

—Oye, Agustín, ¿no me engañas?

—¡Yo engañarte, Rosa mia!

—Pues ven y jura, añadió con exaltación, que si tus padres, mi abuela y el mio quieren, serás mi marido.

Agustín se arrodilló delante de la Virgen, y formando una cruz con los dedos pulgares, dijo, besándola á la vez:

—Lo juro, Rosa; tú serás la madre de mis hijos. ¿Estás contenta?

—Sí, la Virgen hará lo demás.

Acababan de ponerse de nuevo en camino cuando, al son de unos cabestros, oyeron que venían cantando:

(1) Por reñir.

(2) Llamán peirones en mi país á esos pilares colocados á orillas de los caminos donde en una capillita, se venera, pintada ó de bulto, alguna sagrada imágen.

Papeles son papeles
cartas son cartas;
palabras de mujeres
todas son falsas.

Era Pedro, el *compinche* del Rojo, que andaba buscando sus cabellerías soltadas á la dula al amanecer.

—¡Hola! ¿parece que se anda de *chico-leos*, eh?

—Pues ¿qué has de hacer más que seguir los consejos de los amigos?

—Me alegro, hombre, me alegro, que como decia el otro, el hombre para la mujer y la mujer para el hombre. Mira, acuérdate que quiero ser padrino.

—Chico, chico, tiempo queda para pensarlo.

—Bueno, bueno, quedamos en eso. Adios, que me voy á buscar la burra y el potro que aún no han acudido.

Anda con Dios, buena pieza.

Aquí cada cual tomó por su lado, despues de los «adios» y «hasta mañana» correspondientes; y Rosilla regresó á su casa encendida como un clavel, pero más contenta que si le hubiese caído el premio gordo.

IV.

Era el primer Domingo de Abril y á pesar de que los árboles, los campos, los huertos y en suma todo empezaba á sonreirse en Vallehermoso y hasta los pájaros cantaban que era un gusto, por ver venir sin duda el buen tiempo, las pobres madres las hermanas y novias de los mozos de veinte años cumplidos, lloraban de amargura, sin que los encantos de la naturaleza fuesen suficientemente poderosos para hacer cambiar de rumbo su pensamiento y llevar la alegría á sus corazones.

Los padres y hermanos, si no lloraban, era porque, como allí dicen, el hombre no debe llorar nunca aunque se vea con las tripas fuera. Sin embargo, yo conozco algunos de los que así se expresan, que no han sido dueños en tal Domingo de contener una lágrima como una bellota, que á su pesar deslizábase por su mejilla, teniendo que volver la cabeza para enjugarla sin ser vistos, con el reverso de la mano.

Pero que ¿qué trae consigo de malo el primer Domingo de Abril, para que de ese modo se aflijan los sencillos y honrados habitantes de Vallehermoso?

¿Qué trae de malo? Mucho, amigo mio,

mucho. Para los pueblos en donde los vínculos de la familia son tan dulcemente estrechos como en este, no hay día más doloroso. La madre que tiene un hijo en quien idolatra, *más rico que las pesetas*, si ha cumplido los veinte, espera el tal día con una ansiedad mortal, pues en él le han de robar ó dejar al hijo de sus entrañas; la hermana ve acercarse el momento de quedarse sin un hermano querido; el padre sin un pedazo de su alma y ayuda en sus trabajos; la novia sin el objeto de su amor; los mozos sin un compañero y el pueblo todo sin alguno de sus moradores.

—Dime ¿y por qué ha de existir tan odiosa contribucion? ¿Es de necesidad absoluta? Y en caso de que lo sea, ¿no podía hacerse menos sensible? ¿Y por qué solo los pobres han de contribuir con sus hijos, bastándoles á los ricos hacerlo con su dinero?

—Querido, un autor de cuadros, y de cuadros tan de brocha gorda como este, necesita quemar mucho aceite ilustrando su inteligencia, ántes de poder contestar á tus preguntas, dilucidando y resolviendo cuestiones tan trascendentales.

Solo diré que podrá ser un mal necesario: pero que no por eso es menos desgarrador.

Mas volvamos al primer Domingo de Abril. La plaza de Vallehermoso, á la que caen las ventanas de la sala del pueblo, está ya llena de gente. Los señores de justicia ocupan sus bancos en la sala; el alguacil se encuentra en la ventana dispuesto á anunciar al pueblo el resultado del sorteo, con no mucho gusto de sus pulmones. La ansiedad se vé retratada en el semblante de todos los circunstantes, y sus ojos no se apartan un momento del alguacil, al que parece están contemplando con la boca abierta. Nadie diria sino que eran criminales aguardando su sentencia de vida ó muerte. El teniente alcalde dá, por última vez, un buen *meneo* á las ollas de las boletas. Un niño mete la mano y saca una que el secretario vacia con su palillo, entregando el papelito al alcalde. Este lo lee en alta voz y lo enseña á todos para que se cercioren de su contenido.

—¡Número ocho!... grita el alguacil. Un silencio sepulcral reina en la plaza: hasta las madres dan tregua á sus suspiros para oír mejor. Fácil fuera contar los latidos de sus atribulados pechos. Cada cual desea que el nombre de su hijo siga al del citado número; era el más alto, no es extraño!

—¡Pedro Garfella y Aguirrel grita de nuevo el alguacil.

El amigo del Rojo echa el pañuelo al aire, saltando y haciendo locuras de contento. Entre tanto una mujer, ligera más de lo que podrá esperarse de su edad, se avalanza á su Pedro y llorando de alegría lo estrecha contra sus entrañas y besa á diestro y siniestro.

—¡Hijo de mi alma!... bendita sea la mano que te ha sacado! ¡Yá no te verá tu madre *ir á servir al Rey*, ni se morirá de pena al verte marchar! Le hemos de decir una misa á la Virgen porque te ha librado, ¿sí, hijo mio?

—Sí, madre, como V. guste.

Un murmullo sordo sucede al silencio anterior, mientras Pedro y su madre charlan por los codos y reciben las enhorabuenas de sus amigos.

Mas la cabeza del alguacil aparece de nuevo en la ventana. Restablecido el silencio, grita:

—¡Número uno!

Un frio glacial corre por las venas de los interesados. Las madres derraman lágrimas que les salen del alma y se tapan los oídos con las manos para retardar algún tanto la noticia tremenda. Siempre el débil prefiere la incertidumbre á la realidad amarga.

—¡Agustin Monreal y Lozano! dice el municipal agente, y un grito desgarrador

se oye tras la esquina de la plaza. Sin ocuparse nadie de aquella manifestación de intensísimo dolor, el murmullo se deja oír de nuevo; algunas mujeres se afanan por volver en sí á la desventurada madre del Rojo, á quien la fuerza del dolor quitó el sentido al saber la suerte de su hijo. Este, con el corazón oprimido hasta impedirle casi respirar, aparenta, por el contrario, una serenidad de que está bien lejos, haciendo el loco con sus compañeros, muestras de alegría, exageradas para ser verdaderas. Su pobre padre se retira cabizbajo, conduciendo casi á la rastra á su mujer, pero sin derramar una sola lágrima. Hay dolores tan intensos que, semejantes al sol abrasador de los desiertos africanos, secan los manantiales de los ojos.

El sorteo sigue su curso, pero la animación y el bullicio suceden al silencio anterior. El dolor y la incertidumbre han desaparecido de los semblantes, que nunca más de un soldado corresponde al lugar, y el Rojo es notoriamente útil. Mas dicha alegría no es para el infortunado un insulto, nada de eso. Aunque en Vallehermoso saben prácticamente aquello de que la caridad bien ordenada empieza por sí mismo, compadecen no obstante, en medio de su alegría, al desgraciado Agustín,

y no hay labio que no pronuncie, ni corazón que no se adhiera á las exclamaciones siguientes:

—¡Pobre Agustín!

—¡La vida le vá á costar á su madre!

—¡Qué lástima, tan guapo y que haya de vestir casaca! y á otras por el estilo que sería prolijo enumerar.

Las mozas, sobre todo, lamentan y cacarean su infortunio, en lo que hay también mucho de egoísmo, pues les duele verse privadas los Domingos del mejor y más guapo bailaror de la aldea.

—¡Jesus, *maña* (1) y qué rabia me dá (le decía una morena de ojos vivarachos y negros, con los brazos en jarras, á una amiga-suya) que se lleven al Rojo! ¡Mira tú si se podían llevar á ese *renegao* de Garroso, que es más feo que Picio, ó á Mil-hombres, ó al tuerto! sin ocurrírsela á la ardiente defensora de Agustín que estos tales están libres del servicio por defectos físicos.

Por la cuestecilla que desde la plaza conduce á casa de la tía Catalina, subian, terminado el sorteo, una anciana y otra mujer de menos edad, sirviendo de apoyo á la primera.

—¡Jesus, hija, y qué disgusto tan grande

(1) Por hermana.

para mi pobre nieta, si es verdad lo que sospechábamos!

—Hoy saldremos de dudas, tía Catalina; es imposible que lleve su disimulo hasta ocultarnos su pena. ¡No merece esa suerte la pobre Rosal! ¡Ay, tía Catalina, qué cosa más amarga son las quintas!

—Mucha verdad es, Cucana, pero sin quintas, ¿quién defendería al Rey?

A la Reina, querrá V. decir (1).

—Hija, en mi tiempo siempre decíamos rey y no reina, y á mi padre, que esté en gloria, le oí contar muchas veces que Dios ha criado á la mujer para obedecer y al hombre para mandar, y así como á los calzones dice muy bien la vara de mando, sienta muy mal á las sayas; pero hoy todo ha cambiado: ¡son estos otros tiempos!

Así continuaron en sabrosa plática las dos comadres, la tía Catalina dando una lección de derecho político á la Cucana, y pensando esta para su capote, á pesar de que algunas insolentes canas relucian ya entre sus cabellos, que todo aquello era tan rancio como la tía Catalina, y que eso de que la mujer ha de obedecer siempre y el marido mandar no era conforme, ideas que estaban en consonancia con sus obras, pues era pública voz y fama en el

(1) Compúsose este cuadro el año 1867.

pueblo, que en casa de la Cucana esta *llevaba los calzones*.

En cambio Rosa, que ni era del siglo pasado como su abuela, ni tenía insolentes canas como la Cucana, dejó que su corazón dominase por completo á su cabeza y sin ocuparse de quién debía mandar, ella ó Agustín, lloraba á lágrima viva la desgracia de su feliz amante. No tuvo suficiente valor para presenciar, como su abuelita, el sorteo; pero muerta de ansiedad é incertidumbre escuchó tras una esquina que la ocultaba á las miradas del pueblo, reunido en la plaza, el terrible número uno y el nombre que le hizo exhalar aquel grito de dolor. Desalentada, loca, sin saber lo que le pasaba, corrió á encerrarse en su casa, donde regó con sus lágrimas el pavimento de su cuarto y hubiera enternecido con sus suspiros á corazones menos duros que los de aquellas insensibles paredes.

Al ver la tía Catalina á su nieta con los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar, adivinó inmediatamente la causa, pero quiso oírla de su propia boca.

No tardó en lograr lo que deseaba, pues la pobre Rosa, para quien hasta entonces no había tenido el mundo más que sonrisas y encantos sencillos, no estaba acostumbrada á ahogar sus lágrimas, retenien-

do en su pecho los dolorosos latidos de su corazón. Necesitaba compartir su pena, para lo cual era preciso revelar su secreto, así es que cuando vió entrar á su abuelita corrió á su encuentro y entre abrazos, lágrimas y suspiros le contó su inclinación á Agustín, su entrevista con él en la acequia del molino y su dolor al ver frustradas sus esperanzas y concluyó pidiéndole perdón por no habérselo revelado ántes.

La tía Catalina, que idolatraba á su nieta, por nada del mundo se hubiese opuesto al más insignificante de sus caprichos; pero ante una infracción tan manifiesta de los principios que habia tenido tanto cuidado de inculcarla, se sublevó el génio de los pasados siglos, personificado en la vestusta anciana, y no pudo menos de exclamar:

—¡Así sois todas las jóvenes de hoy día! Cometeis el pecado, y al sufrir la pena consiguiente os desesperais!... ¿No te tengo dicho un millon de veces que á las mozas les está prohibido el hablar con los hombres, en especial con los mozos? ¿Cómo te has atrevido á pecar de ese modo, sin temor de Dios, hablando á solas y de noche con un hombre? Si queria casarse contigo, por qué no vino á decirnoslo á mí ó tu padre? ¿Crees tú que nosotros nos hubiéramos

mos opuesto siendo gusto tuyo? ¡Jesus!....
¡Jesus!... No lo creyera de tí. Dios te ha
castigado haciéndole ir á servir al rey...
¡Justos juicios de Dios!

La pobre Rosa creia estar soñando. Era el primer reproche que recibia de su abuela, bien que nunca hasta entonces la habia desobedecido. Para ella el razonamiento de la tia Catalina no tenia réplica. Habia ofendido á Dios y era justamente castigada: ella era, pues, la causa de la desgraciada suerte de Agustín. Nuevo dolor que añadir al que ya le destrozaba el alma. Buscaba alivio y agravó su mal.

La tia Catalina, contrariando su bondad natural en gracia de la rigidez que se habia impuesto al ver lo torcidas que, en su opinion, andaban todas las cosas, añadió, levantándose, sin querer escuchar las excusas con que la pobre Rosa pretendia en vano justificar su conducta:

—Vamos, déjate de gemiquear, y cuidado con que me vuelvas á nombrar siquiera á ese libertino!...

Y salió refunfuñando:

—¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos!.... Yo que no hablé con mi difunto, esté en gloria, hasta despues de ser mi marido!...

V.

Pasó Abril con sus mañanitas frescas y Mayo con sus flores, y eran los últimos días Junio, la vispera de San Pedro, por cierto.

Hizo un día hermosísimo.

En Vallehermoso, como casi en todas las aldeas, durante las horas de trabajo no se oye una mosca, pero al anochecer, al silencio sucede la animación. Las solitarias calles se pueblan de hombres y mujeres, y aún más de animales de todas clases, y un murmullo que no deja de tener su poesía y encanto para los corazones sencillos, compuesto de cien ruidos diferentes, es el saludo con que el labrador despide al día que se aleja, con sentimiento, pero no sin decir ántes «hasta mañana.»

Los pares de labranza arrastrando el timón del arado sujeto por la reja al yugo; el jornalero con su azada al hombro; aquel con su haz de verde para sus caballerías; este tras un borriquillo cargado de leña; las esquilas de los ganados que descenden de las colinas; las cabras que retozan en las puertas de sus casas saboreando la sal que les presenta en la mano la solícita dueña; el balido de las ovejas; los salu-

dos de los transeuntes y las animadas conversaciones sobre la cosecha entre los que vuelven del campo y los que no han salido de la aldea; el mugido de los bueyes, y sobre estos ruidos, sobre estos campestres grupos, el tan, tan, de la campana que recuerda á los fieles la oracion de la tarde, todo esto, unido á los pálidos reflejos de la gran chispa de la omnipotencia divina, tal impresion causa en mi alma, que me suspende primero, me admira despues y me extasía y encanta por último.

Con el fin, pues, de reproducir tan dulces como gratas impresiones, salí á paseo la tarde vispera de San Pedro, y tan completo fué el espectáculo, que el alma se deleitó en su contemplacion hasta semi-identificarse con él. Entonces y solo entonces leí en el gran libro de la naturaleza las tan bellas como verdaderas lirás de la *Vida del campo*, y casi instintivamente exclamé con Fray Luis de Leon:

«Qué descansada vida,

La de que huye del mundanal ruido

Y sigue la escondida

Senda, por donde han ido

Los pocos sabios que en el mundo han sido.»

Y probablemente recitara hasta su último verso, si de pronto, al pasar por delante de una muy aseada casa con una

36 EL SÍ DE UNA SERRANA.

frondosa parra en la puerta, no hubiesen llamado mi atención los gritos de una anciana venerable que acababa de sentarse en su *escañeta*, con el delantal lleno de trigo.

—¡Titás, titaás, titaaás!... ¡pul, pul, pul, puul!... decía la buena mujer con voz temblona y cascada.

Y una bandada de gallinas, presidida por un muy colorado y gentil gallo, con una cresta como un clavel, acudió á todo correr á la política invitación de la anciana y se puso á picotear muy á su sabor el dorado trigo que esta les iba echando, mientras mantenía con la gallinesca gente el siguiente diálogo:

—¡Pobrecicas, pobrecicas!... tanto tiempo sin comer: ya tendríais gana, ¿no es verdad?

—¡Ca, ca, ca! no señora contestaban ellas: si no ya hubiésemos venido.

—¡Quita de ahí, gándul tragon! que eres capaz de comerte una talega, le decía al gallo que, en efecto, devoraba algo más de prisa de lo que es permitido á todo gallo bien educado.

A lo que el gallo contestaba dando un saltito hácia atrás y sacudiendo las alas para volver con más fuerza á la carga:

—¡Quiquiriquiii!... ¡Yo no me muevo de aquí!

A ser yo forastero me hubiese estrañado sobremanera la charla de la anciana con sus gallinas, pues estaria, como ellos, en la persuasion de que eso de hablar con los animales y hacerles hablar, se queda para Esopo, Fedro, La Fontaine, Iriarte y Samaniego; pero los que tal piensan se engañan de medio á medio, porque la anciana llevaba tela que cortar para rato, segun lo poquito á poco que les iba echando el trigo.

Aún estaria escuchándola si un manojito de rosas y azucenas, como diria Trueba, no hubiese hecho variar el curso de mis ideas.

Salió de la casita de la parra con un cántaro á la cabeza, y despues de haber dicho á la anciana:

—Abuela, me voy por agua.

Y de haber contestado esta:

—Vé con Dios y vuelve pronto,

Echó á andar en la misma direccion que yo llevaba. Al pasar por mi lado, mientras me daba las buenas tardes, bajó los ojos y las rosas asomaron á sus mejillas.

No sé si atraido por la flor del hermoso valle, ó con el fin de continuar mi paseo, la seguí.

La ví entrar en casa de la tia sacristana, la madre del Rojo, y salir á los pocos momentos con los ojos nublados por las lágrimas. Yo que soy curioso por esencia,

presencia y potencia quise, aunque ya lo sospechaba, averiguar la causa de aquel llanto, y me colé dentro.

El manojito de rosas y azucenas continuó hácia el molino.

Entre tanto yo consolaba, como Dios me dió á entender, á la tia Brígida, á quien encontré anegada en un mar de lágrimas.

—Cuando una no tiene más que un hijo de sus entrañas, despues de tanto como nos cuestan, hay para desesperarse, señor...

—Vamos, no tanto, tanto: sea V. razonable, tia Brígida, que los años pasan sin sentir, y en cuanto Agustin cumpla, ya no se separará del lado de sus padres.

—¡Ah! señor, no lo veré yo eso, no... ¡La marcha de mi hijo me ha de quitar la vida!

—¡Hijo de mi alma!... ¡Dentro de poco ya no te verá más tu madre, no, no, nunca te verá!...

—Eso es ya ofender á Dios, tia Brígida: quien la dió á V. tal hijo, él cuidará de devolvérselo. Además, que está V. muy débil.

—Tiene V. razon; pero es muy amargo, señor, verse sin hijo cuando estaba á punto de acomodarse.

No sabia nada.

—Calle V., señor, ni yo tampoco, pero hace un momento ha estado aquí Rosa, la de la tia Catalina, y se ha puesto de llorar

conmigo... ¡Qué buena es!... No podía haber encontrado otra mejor mi Agustín... y ahora... Jesús, Señor, hay para!... La pobrecita no se atreve á despedirse de él y me ha encargado le de este escapulario de la Virgen del Cármen y que no se lo quite nunca de encima.

Y diciendo y haciendo sacó del pecho, envuelto en un papel, un escapulario de los que fabrican las monjas, en cuyo respaldo decía:

«No desconfíes jamás del sí de una serrana.»

La bendita tia Brígida, como todas las mujeres de la aldea sus contemporáneas, no sabia leer, por lo que pasaron para ella desapercibidos aquellos *garabatitos* de seda blanca; en cambio yo no lo eché en saco roto.

Me despedí de la afligida madre con intencion de continuar mi paseo, pero charla, charlando se habia hecho de noche, y todo el mundo iba de retirada. Regresé, pues, á mi casa como todo hijo de vecino, y no volví á ocuparme más de la flor de Vallehermoso, del sí de las serranas, de las habladoras gallinas, ni de la tia Brígida.

VI.

Vega abajo, vega abajo, corre en Vallehermoso un riachuelo tan cristalino y fresco como su madre la fuente que le dá origen, y á orillitas del río hay un camino que, despues de atravesar el valle mirándose en sus aguas, se separa de él, empuñándose atrevido por una cuesta, la que sube, como es costumbre entre sus hermanos, haciendo las consabidas eses.

Aquel camino conduce lo más directamente posible á la capital de la provincia.

Y era el 29 de Junio al salir el sol. Todo reia en Vallehermoso; digo mal, todo no, que las lágrimas del rocío esmaltaban las hortalizas, los árboles y los prados, y otras lágrimas muy parecidas á estas, solo que en vez de refrescar quemaban, deslizábanse de dos hermosos ojos, rociando luego las pálidas rosas de dos mejillas de cera.

Estos ojos y estas mejillas, asomados á la ventana más alta de una casa desde ántes de salir el sol, no se apartaban un momento del caminito que corre á orillas del arroyo.

Y ¡el tan, tan, de las campanas decia á los fieles que deben dar principio al nuevo dia con la oracion, mas aquel no se conten-

taron con la cotidiana advertencia, sino que dijeron también á voz en grito mientras las bandeaban: ¡Viva San Pedro! ¡viva San Pedro!

Y el valle todo alborozado repite el ¡viva! y en cada rama canta un pajarito, y

el gallo madrugador
entona el quiquiriquí!
y contesta otro al cantor:
también se madruga aquí!

Y otras mil cosas que alegran los corazones de los aldeanos; pero no de todos, que no falta quien llora mientras el valle rie.

Y sale el sol y todo lo llena de luz y de colores.

Un grupo de tres personas, dos hombres y una mujer, camina riachuelo abajo, silencioso y triste como un entierro, pero á la mujer le flojean las piernas y se niegan á sostenerla. No hay remedio, es preciso separarse del hijo de sus entrañas. Abraza al jóven y quiere hablar, pero las palabras se anudan en su garganta, y apenas tiene fuerzas para llorar.

El hombre la separa del jóven á quien le dice:

—¡Hijo mío, sé hombre de bien, y hasta que Dios quiera!...

El mozo estrecha entre los brazos á su padre y sin poder desplegar los labios se separan.

Poco despues marido y mujer regresan á la aldea, no sin volver ántes cien veces la cabeza para ver de nuevo y por última vez al hijo querido, que se vá.

El jóven tambien la vuelve para mirar una vez más á sus padres, el valle que le ha visto crecer y la casita donde por primera vez abrió los ojos. Muchas cosas decian á su alma tanto objeto querido: la erguida torre, cuyas campanas habia repicado tantas veces; los árboles, en cuyas ramas se habia encaramado en busca de nidos y fruta; la plaza del lugar, en donde el niño jugaba á *la cruceta* y *el escondite*, de mozalbete á la pelota y á la barra, y en donde tan buenos bailes tenia hechados al son de la guitarra unas veces y otras del tamboril y la dulzaina; pero todos estos objetos son mudos en comparacion de una casita blanca como una paloma, algun tanto elevada sobre las demás de la aldea y en cuya puerta no les es dado penetrar á los rayos del sol sino al través de una frondosa parra.

Algo encierra de bueno la tal casita, pues los ojos se le van tras ella y al pensar en que pronto la perderá de vista, se le arrasan en lágrimas.

Ya llegó á la cumbre: párase á contemplar por última vez el valle nativo; echa su última mirada á la casita de la parra y el corazón le dá un vuelco de gozo: un pañuelo se ajita en la ventana más alta. Adivina de quién es y agita también el suyo; pero el sol calienta ya bastante, lo que le dá á entender al mozo que, si no aprieta el paso, llegará á su destino el día del juicio por la tarde. Vuelve grupas y desaparece tras la cumbre.

Los hermosos ojos y las pálidas mejillas permanecían aún en la ventana largo rato despues como contemplando el paisaje, pues en la dirección en que miraban no se veía alma alguna viviente.

El síndico de Vallehermoso entregó en caja al día siguiente, en la capital de la provincia, al quinto Agustín, el soldado de la aldea; y Rosa, la de la tía Catalina, acompañó á su abuelita á misa, no fresca y sonrosada como la flor de su nombre, sino mustia y cabizbaja y con los ojos, secos sí, pero inflamados de tanto llorar.

VII.

Los años pasaban que era un gusto. Hacia ya cerca de cuatro que el Rojo, caminito de la vega, desapareció tras la cumbre vecina.

Todo en Vallehermoso seguía, sin embargo, su nunca interrumpido curso. Las mozas bailaban los Domingos por la tarde hasta no poder más, é iban todos los días al anochecer con el cántaro á la acequia del molino; los mozos rollizos y frescos esperaban en el *honsal* á que saliesen de misa ó del rosario, provocándose mutuamente; la tía Catalina arrastraba con gran trabajo su octogenaria existencia y apoyada en el brazo de Rosilla *rosigaba* aún los santos en ciertas festividades, pues sus piernas ponían el grito en el cielo cada vez que se trataba de hacerles dar aquel paseo claustral; los pájaros cantaban que era una bendición al romper el alba, y se daban unos hartazones de trigo, por el tiempo de la siega, de padre y muy señor mío, por supuesto, prévio permiso de los espantajos; y el tan, tan, y repique de las campanas alegraba con frecuencia el hermoso valle, aunque según voz pública, repicaba incomparablemente mejor el Rojo que el sacristan actual.

Durante estos cuatro años nada de particular había sucedido en Vallehermoso, si se exceptúa que la tía Brigida no *levantó cabeza* desde la marcha de su hijo. Poquito á poco fué empeorando, hasta que un día, á los pocos meses, las campanas de la parroquia tocaron á muerto, é hicieron

exclamar á la tia Catalina, que con Marta, Rosilla y la Cucana se hallaba haciendo calceta en la puerta de su casa:

—Por el eterno descanso de Brígida la sacristana, Padre nuestro...

La nieta de la tia Catalina sintió la muerte de la madre del Rojo, como hubiera sentido la de la suya propia; pero avezada á ahogar su dolor, aunque sus labios rezaron por el alma de la difunta, sus ojos no vertieron una sola lágrima.

El padre de Agustin, solo, mal comido y peor vestido, agobiado por el mucho trabajo y más aún por el dolor, no tardó en seguir á su mujer. Estas dos pérdidas le fueron comunicadas al pobre Rojo por su amigote Pedro, y ya nadie volvió á ocuparse de él, ignorándose hasta el punto de su residencia.

Rosa era la única que no lo olvidaba un momento, aunque, por habérselo prohibido terminantemente su abuela, jamás pronunció su nombre; pero si por una parte se veia impelida á obedecerla en todo, por otra recordaba el juramento prestado al pie del *peiron* de la Virgen del Cármen y ni aun de pensamiento fué perjura.

Una cosa habia cambiado en la casita blanca de la frondosa parra y no era por cierto la tertulia que solia reunirse alrededor de la tia Catalina, bajo los verdes pám-

panos de la parra, pues la Cucana ocupaba ya su respectiva escañeta remendando á más y mejor, mientras Marta daba vueltas á su huso, y la tía Catalina hacía calceta á tientas, pues ni con espejuelos ni sin ellos *veía gota*.

—Tía Catalina, dijo la Cucana, V. que lo sabe todo, ¿es cierto que tenemos guerra?

—¡Cuánto tiempo há!...

—Pues no sabia nada. Hoy lo ha dicho en casa mi hombre y yo le he contestado:—¡Bah! faloria!... ¿Te parece á tí que si tuviésemos guerra no hubieran venido ya por aquí algunas partidas de facciosos?

—No es eso mujer, no es eso: si la guerra es con el moro.

—¡Ave María Purísima!... ¿Conque aún hay moros?

—¡Toma! que si hay moros; y judíos también.

—¿Y es muy lejos de aquí la guerra? preguntó Marta.

—Vaya si es, contestó la tía Catalina, al otro lado del mar.

—Pobrecicos soldados. ¿Si habrá alguno de Vallehermoso?

—Es posible que sí, porque tenemos cinco en el servicio, sin contar el Rojo.

—Y ahora que nombra V. al Rojo, tía Catalina, dijo Marta, sabe V. que Rosilla

no ha *hecho más gozo* desde que se fué Agustín?

—Tienes razón, Marta, añadió la Cucana. ¡Y qué lástima de muchacha!... Se ha quedado con piel y huesos... ¡Quién la vió y quién la vé! Aquellos colores que daba *gozo de Dios* el verlos; aquella alegría que veías siempre en sus ojos, y aquella sal para ponerse *maja*... todo, todo se lo llevó el Sacristán. ¡Cuánta razón tenía yo para decir que estaba enamorada!...

—Es verdad: ya te conté que ella misma me lo confesó.

—Pero es una heregía lo que hizo usted con la pobre muchacha. ¿A quién le ocurre echarle un sermón con Ave-María? Lo que debía V. haber hecho, era abrir el *zurraco* y comprarle un *soldao* al pobre Agustín y hubiera valido más: no estaría Rosa como está, que da compasión el verla.

—Calla, loca, calla, que tienes más charla que un sacamuelas.

—Sí, sí, charla...

—Buenas tardes tengan Vds., dijo, ántes de que la Cucana terminara la frase, el señor Cura párroco que salía á paseo con el breviario y el periódico en la mano.

—Buenas tardes, señor *Rector*, contestaron todas, y añadió la tía Catalina:

—Qué ¿no se sienta V un ratito?

—Un momento nada más, que aún

tengo que rezar y leer *La Esperanza*.

—Muchacha, ¡Rosa, baja una silla para el señor *Rector*, gritó la tía Catalina.

Y Rosa bajó de la sala una silla de enea, en la que se sentó el señor Cura, haciendo ella lo mismo en su *escañeta* y tomando la labor.

—Señor Cura, dijo la Cucana que era curiosa como ella sola ¿qué traen de nuevo los papeles?

—Lo que es ahora, contestó el señor Cura, con la guerra de Africa están interesantes; no hay día que no lea *La Esperanza* de cabo á rabo.

¡Jesus! no sé como tiene V. ojos y paciencia para leer esa sábana. Yo no conozco la *q*, pero si supiese de letra seria la mayor penitencia que me podían imponer.

—Todo es á lo que uno se hace.

—Tiene V. razon; pero el que no sabe, es como el que no ve y eso nos pasa á nosotras. Sin ir más lejos, mire V. si soy tonta, que hasta hace un momento, y eso porque me lo ha dicho la tía Catalina, no sabia que tuviésemos guerra.

—Señor *Rector*, interrumpió Marta, ¿y le ha tocado á alguno del pueblo ir á la guerra?

—Vaya si les ha tocado: tenemos allá nada menos que cuatro. Ayer escribió

Curruño y la tía Ana-María vino á que le leyera la carta.

—¡Vea V., y no sabíamos nada! ¿Y qué dice, qué dice? preguntaron las tres vecinas de Vallehermoso dejando la labor y disponiéndose á escuchar con la boca abierta.

—Muchos trabajos cuenta el pobre. Han pasado hambre á causa de que no podían acercarse á la costa los buques españoles por el temporal; muchos se han ahogado en los pantanos; otros han muerto en las escaramuzas con los moros y el cólera hace grandes estragos.

—Pues eso es lo peor, interrumpió la tía Catalina, porque al fin y al cabo el que muere por defender á su rey, con honra muere; pero eso de morir de la peste...

—¡Jesus! ¡Pobrecicos!... ¡San Roque bendito los ampare! dijo la Cucana; pero diga usted, señor Cura, ha muerto alguno del lugar, de la peste?

—Que yo sepa no; pero segun dice *Curruño*, mi antiguo Sacristan, el pobre Rojo, despues de haber sido herido en un encuentro, estaba espirando del cólera..... Como son del mismo regimiento...

Si una bomba hubiese caído como llovida del cielo en medio de la reunion y hubiese estallado sobre la cabeza de la venerable anciana, no fuera mayor el espan-

to de Rosa al contemplar á su abuelita cadáver. Estuvo á punto de caer desmayada; pero pidió á Dios con tanto fervor y casi instintivamente, como instintivamente se coge el náufrago á la primer tabla de salvacion que encuentra á su alcance, fuerzas para soportar aquella dura prueba, que sin duda se compadeció de la infeliz y le otorgó lo que pedia.

Trabajo nos hubiese costado en aquel momento dar con las azucenas, ni mucho menos con las rosas de aquel manojito; en cambio no hubiera sido cosa rara tomarla por un cadáver, pero por un cadáver que á los pocos segundos lanzase un hondo y lastimero, aunque casi imperceptible quejido, volviendo á la vida, y por cuyas muertas mejillas corriesen dos lágrimas abrasadoras.

Pero nada de esto vió el señor Cura, que Rosa tenia la cabeza inclinada sobre su labor, y nunca habia ni aun sospechado siquiera, que el sueño dorado de aquella niña, cifrábase en ser su sacristana. El virtuoso sacerdote tenia la costumbre, además, la santa costumbre de no mirar á ninguna jóven, especialmente si era hermosa.

No sucedió así á las tres mujeres, las cuales no quitaban ojo á la pobre chica, diciendo cada cual para su capote, digo...

para su pañuelo, que las mujeres de Vallehermoso ni usan capote, ni frac, la Cucana:

—¡Jesus! y qué entrañas tiene la tia Catalina para su pobre nieta!... Por ocho mil miserables reales!

Marta:

—Y qué lástima de muchacho, tan guapo y tan buen mozo!... Mejor pareja que hubiera hecho con Rosilla!...

Y la tia Catalina:

—Dios es justo: castiga hasta en este mundo. ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos!... ¡Yo que no hablé con mi difunto, esté en gloria, hasta despues de ser mi marido!...

El señor Cura lo único que dijo para su sotana, fué que no habia rezado, ni leído su periódico favorito, y se despidió para realizar ambas cosas paseando á la vez.

Y decíamos bien al decir que una cosa habia cambiado en la casita de la frondosa parra, pues la Rosa de aquel rosal no era la misma, en lo cual convenia el pueblo todo.

¡Ay, que pasaron ya las tardecitas de Mayo en que Rosa, fresca y colorada como la flor de su nombre, con el cántaro en la cabeza, y el botijo en la mano se dirigia al molino!

¡Ay, que los mazos de Vallehermoso no

revolotean ya como abejas al rededor de la miel, cuando de misa ó del rosario sale, que aquello no es miel, sino cera pura!

Y ¡ay, y cien veces ay! que aquella delicada flor fué tronchada por el huracan de la adversidad, y sus descoloridas y mustias hojas faltas del rocío de la esperanza dobléganse ya hácia el suelo, para ser primero desparramadas por el viento y convertidas despues en vil polvo, si llegan á caer.

VIII.

Mucho habia desmerecido la nieta de la tia Catalina, y sin embargo, á semejanza de aquellas matronas romanas que llegaron á contar los años de matrimonio por el número de sus maridos, tuvo tantos pretendientes como penas. Cierto que todos, por su turno, salieron de la casita de la frondosa parra con una calabaza al hombro, capaz de saciar el apetito de una piara de cerdos, sin perdon de nadie; pero cierto tambien que la tia Catalina gruñia y refunfuñaba diariamente diciendo, que la mujer para Dios ó para el hombre, ó monja ó casada, y pronosticaba que se quedaria para vestir imágenes, pues no creia ella que aquella procesion durase mucho y que al fin nadie querria cargar con sus pedazos.

Rosa aguantaba el chubasco con heroica resignacion; decia que no se casaba por cuidar mejor á su padre y abuelita; aprobaba el tio Anton su conducta con un enérgico «muy bien dicho;» y no tenia más remedio la anciana que retirarse diciendo: —Qué tiempos, Señor, qué tiempos!.....

Y en efecto eran unos tiempos como todos, pues los dias que no estaba nublado salia el sol y se ponía; y el agua de la acequia del molino corria fresca y clara murmurando; y el rio serpenteaba por entre sargales; y los vecinos de Vallehermoso sembraban sus tierras de pan llevar; y, si algun pedrisco no les evitaba este trabajo, las segaban á su debido tiempo; y se morian unos y nacian otros; y este se casaba y aquel lloraba su mocedad; y en fin, sucedia todo lo que ha sucedido y probablemente sucederá mientras el mundo sea mundo y el hombre hombre.

Una cosa pasaba para no volver, y eran los dias, y tras los dias los meses, y tras los meses los años, y todos desfilaban en procesion, sin sentir: deslizábanse cuando más bien asidos creia uno tenerlos, como una anguila á quien el pescador oprime entre sus dedos, mientras bonitamente, gracias á la finura y grasosidad de su piel, se le escapa para no dejarse coger de nuevo.

Y el tiempo, al marcharse, se llevaba siempre alguna gracia de la niña Rosa, dejándola en cambio las de la mujer hecha y derecha, en una palabra, hablando en cristiano, iba envejeciendo. Mas su corazón permanecía aún tan jóven como el día en que, sola en su huerto, besaba con afán la rosa caída de la chaqueta del Rojo.

No obstante, de aquella época de su vida no le quedaban más que recuerdos. Cuando con el cántaro debajo del brazo pasaba por delante del *peiron* de la Virgen del Cármen, alguna lágrima se deslizaba de sus ojos, y con aquella lágrima salía siempre una plegaria de su corazón, mientras rezaban sus labios un Padre nuestro por el eterno descanso del que debía haber sido su esposo.

La Virgen, que es madre de los aflijidos y se complace en derramar el bálsamo del consuelo en sus corazones, la miraba cariñosamente y la sonreía como diciéndola:

—Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados

Y en efecto, el consuelo debía estar reservado á Rosa, pues había llorado mucho.

Pero Rosa era buena y secaba sus lágrimas obrando el bien á todas horas. Tenía sobre todo un especial gusto en alojar en su casa á cuantos militares pasaban por

la aldea, y estos, que por lo general echan pestes de las patronas, ponian en las nubes á aquella patroncita tan generosa y tan amable.

A toda clase de pobres llegaba su caridad, pero particularmente á los inválidos, verdaderos ó finjidos, que con escusa de la guerra de Africa pululaban que era una bendicion. No llamó ninguno á la puerta de la casita blanca sin alejarse con el *zurrón* bien provisto.

Su predileccion por esta clase de desgraciados era un afectuoso tributo á la memoria de aquel que, despues de muerto, aún reinaba en su corazon.

Su habitual tristeza se habia apegado como enfermedad contagiosa á todos los de aquella casa. El tio Anton hubiera dado gustoso un dedo de la mano por devolverla su sonrisa y sus colores; y hasta la misma tia Catalina empezaba á sentir remordimientos por su conducta.

Y habian pasado siete primaveras desde el dia en que Agustin desapareció, vega abajo, trás la cumbre vecina; pero en vano las mejillas pálidas y los hermosos ojos se asomaban á la ventana más alta de la casita blanca para verle volver, que en Vallehermoso se habian rezado ya muchos Padre-nuestros por el eterno descanso de su alma.

Aquel caminito, no obstante, devolvía de vez en cuando al valle nativo alguno de sus hijos. Al divisarle desde la cumbre sus ojos se preñaban de lágrimas, pero lágrimas de alegría y ternura, que también es tierno el corazón del labriego y capaz de sentimientos tan nobles como el amor al suelo que nos vió nacer.

.....

Un día, á la caidita de la tarde, de una tarde de Mayo, cuando ya el sol se ocultaba tras la cumbre opuesta del valle entre nubes de fuego, y la brisa empezaba á agitar suavemente aquel mar de verdura, producto de los sudores del labrador y su única esperanza, uno de aquellos desterrados, apareció palpitante de amor y de felicidad en la vecina cumbre, desde donde, con una mirada, podía abarcar el valle entero, con sus huertos y su riachuelo, y la pequeña aldea, recostada al pié de la graciosa torre en la falda de las montañas de su derecha; pero ¡ay! que en vez de contemplar ansioso tanto objeto querido, apenas tuvo fuerzas para imaginárselos con los ojos del alma, tal cual los vió la última vez, y su pecho exhaló un hondo suspiro. ¡Pobre ciego! Nunca le ha sido tan doloroso el no poder ver al sol de Dios como en este momento tan suspirado, anhelo único de su alma. ¡Ah! si él pudiera,

cómo daría gustoso algunos años de vida por volver á ver una vez tan solo aquel vallecito, aquel campanario y sobre todo aquella casita blanca de la frondosa parra, que tiene delante de los ojos!

Mas el perro que le sirve de lazarillo, atado á una cuerda cuyo otro cabo lleva el ciego asido, es completamente lego en materia de amor patrio, y maldito si entiende *una jota* de paisajes y perspectivas; por lo que, sin dignarse siquiera echar en torno suyo una mirada, husmeando el polvo del camino y moviendo rápida y acompasadamente la cola, dá irrespetuosamente un tiron á su amo, que no tiene más recurso que seguirle.

El perro, segun olfatea y se relame el hocico, debe ir rastreando algun buen olor-cillo, y así es en efecto, que no há mucho un pastor llevó por la misma senda un par de perdices á la tia Catalina.

Entran, pues, en la aldea nuestro ciego y su guia, sin ser conocidos ni aun por los mejores amigos de otros tiempos. Algunas veces cree reconocer el buen ciego y se propone entablar conversacion con sus propietarios; pero el maldito perro, corre que corre tras el olor-cillo á perdiz, no se lo permite, hasta que ya quiso Dios que el perro se parase ante una puerta, forcejeando sin embargo para colarse por la ga-

tera. Probablemente si esta hubiera sido suficientemente ancha para dar paso á la corpulencia perruna, no hubiese parado el animalito hasta zamparse de patas en el perol en que la tía Catalina condimentaba las consabidas perdices; pero las gateras de Vallehermoso no permiten que se cuele nadie por ellas más que los señores gatos, por eso son gateras, que si diesen paso á los perros serian perreras.

A todo esto, el ciego, desconocedor del terreno que pisaba, tentó con su palo para orientarse y al tropezar con la puerta de una casa, dijo:

—¡Ave Maria Purísima! ¿Dan Vds. una limosnita á un pobrecito ciego, por el amor de Dios?

Rosa oyó aquel timbre de voz, tuvo un presentimiento y medio desfalleció de gozo. Tiró lo que tenía en las manos y en un decir Jesus bajó al zaguan, abrió la puerta, y loca, materialmente loca, sin saber lo que hacia, abrió los brazos, estrechó al ciego entre ellos y con un grito pronunciaron sus lábios un nombre:

—¡Agustin!... dijo ella, y el atónito ciego, sin saber lo que le pasaba, si soñaba ó realmente estaba despierto, contestó á aquel grito con otro y al nombre de Agustin con el de:

—¡Rosal...

Y Agustín y Rosa, unidos ya ante Dios por medio de un juramento sagrado, permanecieron unidos un segundo por medio de aquel recíproco abrazo.

IX.

Algunos meses despues, cierto Domingo, las campanas de Vallehermoso repicaban, por la mañanita, como en los tiempos del Rojo y los muchachos muy lavaditos y muy limpios saltaban en el *honsal* mucho más alegres que si se tratara de algun bautizo, con cuartos á la péscola ó *repelea*, como ellos dicen.

Casi todo el pueblo estaba convidado á la boda, que el tio Anton y la tia Catalina habian dicho que iban á tirar la casa por la ventana; asi es que todos sacaron sus trapitos á relucir, quedándose las arcas vacías como si fueran las fiestas del lugar.

La tia Catalina, que ya no salia de casa, se hizo llevar á la iglesia en una silla de brazos para presenciar el casamiento de su nieta, y se puso para honrar la fiesta la saya con que se casó y la *mantellina* blanca de franela que solo salia en las grandes solemnidades, y los zapatos de punta de cuerno, que asi se llamaban por

su forma los que se estilaban en los buenos tiempos de la tía Catalina.

Hacia las nueve de la mañana, hora en que se han casado todos los vecinos de Vallehermoso, salió una larga y grave comitiva de la casita blanca con la frondosa parra. El señor *Rector*, con manteo y sombrero de canal, como en los días en que repican doble, rompía la marcha entre el novio y el padrino, venia detrás una procesion de individuos del sexo feo, gravemente embutidos en sus magnas capas de *cordellate*; á continuacion la novia y la madrina, vestidas de negro, con pañuelos blancos al cuello; y por último, una segunda edicion de la procesion primera, aunque más desordenada, compuesta de individuos del sexo bello.

Las guisanderas dejaron por un momento los pucheros y cacerolas para ver salir á los novios y asomaron sus narices por las ventanas de la casa. Entre ellas estaban Marta y la Cucana, que *cascaban* por los codos, en especial esta última que no cabia en la piel de contenta, tanto por lo mucho que queria á la novia, cuanto porque se habian acordado de ella para utilizar sus conocimientos culinarios, prefiriéndola á otras de no menor ciencia y fama.

¡Jesus! Marta, decia la Cucana, dicen

que en este mundo no hay dicha completa—pero esta lo es y recompleta. Si parece cosa de milagro... calla, calla, que cuando me dijeron que habla venido el Rojo me quedé viendo visiones... pobrecico!... cuán; tos trabajos ha *pasao!*

—Vamos, contestó Marta, que no ha sido poca dicha para él encontrar aún soltera á Rosilla y pescar á la vez, con la moza más guapa de Vallehermoso, las *peluconas* de la tía Catalina, con las que ha recobrado la vista.

—Tienes razon, Marta, si no hubiera sido por eso ya se podia haber despedido el pobre Agustin de volver á ver el sol. Hija, creo que se le llevaron un dineral por hacerle la operacion de las *pataratas* (1).

—Y gracias que ha recobrado la vista á tal precio; pero tía Cucana, ¿no le parece á usted que ha quedado tan guapo como antes?

—Calla, Marta, calla, que lo que me parece á mí es que los *casorios remozan* hasta á los viejos. Cuando he concluido de vestir á Rosilla para ir á la Iglesia, me la hubiera comido á besos... Estaba que daba *gloria de Dios* el verla.

Terminada la comida de boda y despues de haber dado gracias el señor *Rector*,

(1) Cataratas.



mientras el tío Anton gritaba por allí:

—Ea, muchachos, ahora un baile bien bueno, ¿lo oís? ¡bien bueno! llamó aparte el Rojo á su mujer, y la dijo:

—¿Te acuerdas del escapulario que diste á mi madre, que de Dios goce, encargándola me lo entregase para llevarlo siempre encima? Pues aquí lo tienes, te lo devuelvo; guárdalo como una reliquia, que él fué durante el servicio mi única esperanza.

Rosa besó el escapulario y lo ocultó en su pecho.

A la sazón pasaba por allí el padrino, que no era otro más que el mismo Pedro en persona, el *compinche* y mayor amigo del Rojo.

—Oye, tú, buena pieza, le dijo este, ¿á que no recuerdas lo que cantabas la noche aquella en que te me ofreciste por padrino?

—Pues no me he de acordar, mi muletilla de siempre:

Papeles son papeles,
cartas son cartas,
palabras de mujeres
todas son falsas.

¿Y qué tenemos?

—¿Qué? Que lo que dice la *canta* es falso, y sino que lo diga Rosa.

—¡Bah! chico, tú te olvidas de que Rosa sin espinas no hay mas que una.

—De lo que se olvida, dijo la recién casada, es de que la verdadera canción no dice eso.

—¿Pues qué dice?

Papeles son papeles,
cartas son cartas
palabras de los hombres
todas son falsas.

—¿También la mía? preguntó con gracia Agustín.

—La tuya no, porque no desconfiaste jamás de *El sí de una serrana*.

—¡Bien por la novia! exclamó Pedro.

—Fastidioso! dijo esta volviéndoles la espalda y haciendo un gracioso mohín, mientras las rosas se apoderaban de las azucenas de sus mejillas.

FIN.

— ¡Basta, chico! ¡de qué te quejas de que seas
sin espaldas de hoy más que de ayer!
— De lo que se olvida, digo, la razón co-
sada, es de que la verdadera razón no
dice eso.

— ¡Pues qué dices!
Papeles son papeles,
cartas son cartas,
palabras de los hombres
todas son falsas.

— ¡También la mala pregunta, con gracia
Agustín.

— La mala no porque no se contestase ja-
más de él se desentendiese.
— ¡Bien por la novel exámo Pedro!
— ¡Estilioso! ¡dijo esta volviéndose la
espalda y haciendo un gracioso mohín.
mientras las cosas se apoderaban de las
excepciones de sus mejillas.

FIN